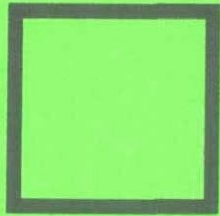


Título

Léase como en letras verdes de neón

cerosiete#





Si quiere colaborar, tiene una pregunta o simplemente se aburre:

fanzinetitulo@gmail.com

fanzinetitulo.org

Lluvias J. Javier Arnau	5
Nadja y la belleza Emilio Lanzas	7
Ruta 40 N Ramalleira	13
Nietzsche: II y I Roberto Laíz	19
Crossover 1:1 Santiago Eximeno	21
Pez muerto Emilio Lanzas	25
#39B. Una mosca Roberto Laíz	27

Lluvias

Nubes

Una nube, lágrimas que surgen airadas, espontáneas, tras un despliegue de medios inusual en estas latitudes. Cien litros por metro cuadrado de melancolía, largas explicaciones, y una habilidad espúrea para fomentar la congoja. Y en medio de todo eso, tus lágrimas, una bella nube que enmarca tu rostro; y las predicciones que añaden un logro más, mientras la lluvia de mentiras azota la costa de su imaginario país de decadencia.

Lluvia

Hoy ha llovido.

Por fin, ya hacía falta una limpieza en profundidad de la ciudad.

La gente corría por las calles, intentando resguardarse.

Los riachuelos se formaban rápidamente, demasiado rápidamente, en las aceras y en las calzadas.

Ríos de inmundicias, pecados y vergüenzas, que las alcantarillas no daban abasto para desaguar.

La gente huía de ellas, no querían ser alcanzados por sus propias miserias, una vez habían conseguido desembarazarse de ellas.

Un niño no fue lo suficientemente rápido, se le escapó a su madre de la mano, y cayó en un pozo de vergüenza.

Los ancianos, resignados, casi parecían no querer ceder su sitio en los bancos del parque, aceptaron la lluvia de reproches, hostilidad, pecados, vergüenza, patrañas, etc, que cayó sobre la ciudad.

Una vez limpia, la gente que escapó de ella ha vuelto a ver el sol.

Un sol que hacía tiempo que no se veía.

Resplandeciente como la sonrisa de un niño, o la dentadura postiza de un anciano. O la calva de un señor al que el viento le ha arrebatado el peluquín.

Hemos vuelto a ver el sol.

Sin ataduras, sin tapujos, sin vergüenzas, ni propias ni ajenas.

La lluvia ha caído, y ha arrastrado media ciudad con ella; la otra media estaba desertificada, por la falta de lluvias, y la vergüenza de los políticos que no hicieron nada para salvarlas. Hemos vuelto a ver el sol.

J. Javier Arnau

Nadja y la belleza

Entro en clase. Cada vez que voy a clase de inglés me encuentro gente distinta, así que hago un escaneo fugaz de la habitación desde el momento en que atravieso la puerta.

Hay una chica española que ya conozco pero a la que no saludo. Otra chica con ojos rasgados que no he visto nunca, oriental, no es que sea atractiva pero por lo menos es exótica. Otra chica rubia que huele a Europa del norte. Otra morena, gordita, sentada a su lado, a la que tampoco conozco. Hoy solo hay chicas. Quizás por eso la rubia me pregunta, de sopetón, nada más entrar: ¿vas a la fiesta?

(Antes de contestar tengo tiempo de detenerme en su rostro. Ojos azules como el hiejo viejo, rostro proporcionado, rasgos felinos, buena estructura ósea, bastante estatura, guapa y directa pero sin resultar agresiva, amable pero sin llegar al laconismo. Es perfecta. Inmediatamente asimilo que debe de ser drogadicta.)

¿Qué fiesta?, pregunto, algo indiferente. Ella sonríe. Es de esas personas a las que la sonrisa nunca se le cae de la boca. Yo soy de esas personas que recogen constantemente sus propias sonrisas del suelo.

Hay una fiesta esta noche... Habla rápido y en perfecto inglés. No termino de identificar su acento. Me cuenta dónde hacen la fiesta y quienes son los organizadores: la Stanton College, es decir, nuestra sacrosanta academia.

Yo no tengo ni idea de nada además estoy sin un céntimo, mañana trabajo y tengo que estar en pie a las cinco de la madrugada. En apenas un segundo escenifico la fiesta academil: un pub inglés, todos bebiendo cerveza, escuchando Coldplay y hablando de quien paga menos alquiler. No sé qué le digo porque el profesor entra y me tengo que sentar para que pueda comenzar la clase. El profesor es un chico italiano de treinta y tantos años que aprovecha cualquier oportunidad para meterse con Berlusconi. Me cae bien el profesor italiano, a todo el mundo le cae bien, menos a Berlusconi.

No me puedo sentar al lado de la chica de mirada felina. En cambio, me siento al lado de la española. Craso error. No recuerdo nada más del resto de la clase, tan sólo que el profesor se metió con Berlusconi, pero muy poquito.

Dos días después. Viernes. Seis y media de la tarde. De nuevo en clase. Llego temprano, antes que nadie. Me siento donde ella. Van entrando más compañeras: la oriental, que resulta ser vietnamita, una nueva, que resulta ser francesa y me enseñará a pronunciar Rimbaud; y ella, que llega la última, tarde, ya comenzada la clase, y se sienta a mi lado.

Me invaden por un momento los nervios, pero adopto una táctica para evadirlos. Es mentira que lo mejor siempre sea ser uno mismo. Ser uno mismo es una idea devaluada. Cuando soy yo mismo soy un ser silencioso, no hablo, no actúo. Cuando soy yo mismo no soy nada. Lo mejor es actuar y ser la persona que te gustaría ser. Eso siempre funciona. De este modo hablo con ella. Soy amable, educado, sonrío pero no demasiado, simulo ser una persona normal, que es la cosa más excepcional que existe. El profesor nos da un texto político-social y nos hace leerlo. Nos explica las palabras que no entendemos. Luego nos invita a establecer un debate en pareja. Ella y yo, somos una pareja por unos momentos. El debate va bien. No me quedo trabado en las palabras, utilizo aquellas expresiones que manejo con más soltura, intento no pensar en español, que es la manera más fácil de hablar mal en inglés. De vez en cuando adrezo mi discurso con alguna de las palabras nuevas que el profesor ha explicado, para que vea que he entendido perfectamente su significado. Yo mismo me sorprendo de mi claridad de ideas, de mi locución perfecta, de mi nivel de inglés de seis meses. Ella sonrío, entiende, parece también sorprendida. ¿Sólo seis meses? Estoy orgulloso de la persona que quiero ser. Ahora es su turno. Su inglés es aún mejor que el mío pero la entiendo a la perfección. Sus opiniones, la construcción de sus frases denota inteligencia y a la vez sencillez. Discutimos algún aspecto del texto pero al final llegamos a un punto común, a una idea compartida, sólo nuestra. Somos una pareja en el cúlmen de su relación.

La clase termina y aprovechamos para intercambiar algunos datos personales. Se llama Nadja. Es polaca. Lleva dos años en la ciudad y vuelve a Polonia definitivamente en una semana. La próxima va a ser su última clase de inglés. Trato de que esta información no me afecte negativamente pero no puedo dejar de pensar en mi mala suerte. Dos años en la ciudad, y precisamente la conozco en su última semana. Hago un intento para que no me guste demasiado,

pero es demasiado tarde. Salimos de clase y seguimos hablando. Es alta, es igual de alta que yo, hablamos y sus ojos están a mi altura, su conversación es animada, divertida, todo parece fluir de una manera inédita en mi estancia en la ciudad. Qué digo, de una manera inédita en toda mi vida.

Salimos de la academia. Seguimos hablando, y nos paramos justo delante de la puerta del Stanton College. Por nuestro lado pasan nuestras compañeras de clase; la española se nos queda mirando. Hablamos y hablamos, ausentes del resto del mundo, como un islote en medio de un río caudaloso de gente. Llega un momento en que pienso: Oye, porqué no nos vamos a un bar en vez de estar en mitad de la calle? Pero no lo digo. Seguimos hablando de, no sé, cualquier cosa. Es entonces cuando lo digo y no lo pienso: oye, por qué no vamos a algún sitio a tomar algo? Estaba preparado para cualquier excusa: tengo que trabajar, tengo que estudiar, tengo novio, estoy casada, tengo un perro diabético, tengo ocho hijos a los que alimentar. Cualquier cosa, ante cualquier respuesta hubiese agachado la cabeza y me hubiese ido ipso facto. Pero dice que sí. Dice que sí y sonrío y cuando me doy cuenta estamos caminando por la calle buscando un bar en el que tomarnos una cerveza. Los chicos jóvenes la miran por la calle. Después me miran a mí. Después la miran de nuevo a ella. Me siento guapo, admirado, envidiado. Camino erguido para que vea que también soy alto, no demasiado, pero sí lo suficiente como para que no me sobrepase. El día que se ponga tacones será otra cosa, pero entonces me sorprendo de mi propio pensamiento. ¿Qué día?. Se va en una semana, recuerda. Una semana.

Intento no hundirme y seguir caminando erguido.

Encontramos uno de esos gloriosos pubs ingleses de dos plantas con chimenea y sofás de cuero y madera por todos sitios. Nos pedimos un par de pintas y buscamos asiento. Seguimos hablando y la cerveza me ayuda a relajarme un poco, pero no termino diciendo nada inadecuado. Parece cada vez más claro que le caigo bien, quizás porque soy español y le caen bien los españoles, quizás porque no ha encontrado últimamente a ningún hombre que sobrepase el metro ochenta, o quizás porque le gusta mi jersey. Yo qué sé. Me sigue pareciendo difícil de creer, sigo intentando averiguar qué hay de malo en ella que todavía no haya descubierto. Lo único malo por ahora es que se va de la ciudad en una semana...

¿no me parece suficiente?. Se disculpa y va al baño. Vuelve al rato y me dice que tiene que irse. Bien, llevamos más de una hora allí, creo que puedo sentirme satisfecho, ya tengo algo bueno que contar de Londres. Voy a la barra a pagar las pintas pero no, el camarero me dice que ya está pagado. No quepo en mí del asombro. Es la primera vez en mi vida que una chica me invita a alcohol sin apenas conocerme.

Salimos, nos despedimos, y no le pido el teléfono. ¿Para qué? Nos veremos en la próxima clase. ¿Para qué? Se va en una semana. ¿Para qué?

Camino al metro de Queensway empiezo a pensar que, en realidad, debería de haberle pedido el número de teléfono. ¿Y si me pasa algo y no puedo asistir a la próxima clase? ¿Y si es ella la que al final no puede asistir?

De todas maneras estoy contento. Mi sonrisa florece en los sitios más inoportunos y me recreo constantemente, en el trabajo, pensando en ella, en la próxima clase, haciendo todo lo posible para no resfriarme, para que no me atropelle un autobús doble, para que el cuchillo no se me vaya de las manos cuando corto la cebolla. De hecho mi rendimiento en el restaurante decrece, pero me da igual. Yo tan sólo pienso en mis clases de inglés, que para eso he venido a esta puta ciudad.

Lunes. Seis y cuarenta y cinco de la tarde. Llego tarde a clase. No sé cómo lo he hecho, todo el fin de semana pensando en estas dos horas y no consigo llegar a tiempo. Siempre me pasan este tipo de cosas. Lo primero que hago al llegar es buscar su rostro entre los rostros de la clase. Ha venido. No puedo sentarme a su lado porque está la morena gordita, pero ha venido. Me siento al lado de la española, no tengo más remedio. La clase transcurre y la española no hace más que hablarme en español. Se interesa por mi vida, por mi pasado, y por muchas cosas más y yo no me concentro en el inglés ni en lo que está diciendo Nadja a apenas dos metros de mí. Se acaba la clase y yo me siento muy mal. Todos se levantan y recogen sus respectivos apuntes. Nadja se está despidiendo del profesor. La española me está hablando pero hace tiempo que dejé de escucharla. Nadja se despide de su compañera, ya en la puerta. Yo no puedo salir, la española está recogiendo todavía su carpeta, estoy atrapado. Nadja me mira y me sonrío. Me dice adiós con la mano. Yo también sonrío, le hago ver que estoy encerrado, que no

puedo salir, pero ella no lo ve o no se da cuenta o tiene prisa porque se da la vuelta y sale de la habitación. Yo no sé qué hacer, qué decir ni qué pensar. Se ha ido. A Polonia. No la volveré a ver nunca más.

La española, que se llama Irene y es muy educada y muy amable, me acompaña hasta la puerta. Intento mantener la conversación pero apenas puedo. Bajamos las escaleras, llegamos a la puerta. Me dice: coges el metro en Queensway?. Le digo que sí. Me dice: bien, yo también voy para allá. Le digo: no, primero tengo que ir a un sitio. Es mentira. Nos despedimos y tomamos direcciones contrarias. Yo camino un poco y después me detengo. Espero que se aleje. Después vuelvo sobre mis pasos porque, obviamente, voy a la estación de Queensway. Y de repente la veo. Nadja. Está en la esquina. Todavía no está en Polonia. Ha debido de ir al servicio y ha salido después que todos nosotros. Está hablando con alguien. Y ese alguien es la española. No puedo acercarme, la española me preguntaría qué hago allí. No sé qué hacer. La parálisis me agarra, siento ganas de llorar. Empiezo a caminar, quiero dar la vuelta entera a la manzana, por detrás, hacer tiempo para que la española se despida o diga aquello que esté diciendo y la deje en paz, para mí, para mí sola. Tardo aproximadamente cinco minutos en dar la vuelta. Creo que es tiempo suficiente, ni mucho ni poco, tampoco quiero perder de vista a Nadja. Camino por la calle de atrás, Porchester Gardens, un pasaje agradable, solitario, lleno de casitas blancas y árboles y buenos coches. Levanto la cabeza y de repente la veo acercarse. No a Nadja, sino a Irene, la española. Lo primero que me pregunto es...¿a dónde demonios va?. La estación de Queensway no es por aquí. Entonces me doy cuenta de que ella tampoco me ha dicho la verdad. Realmente no iba a coger el metro a Queensway pero lo iba a hacer para caminar un poco más conmigo. Y cuando pienso esto ella ya me ha visto y no puedo darme la vuelta y escapar. Su cara de sorpresa compite con la mía. Me pregunta: ¿qué haces todavía por aquí? Intento hablar pero ella sonrío y me doy cuenta de que no está molesta ni enfadada. Está contenta. Está contenta de haberme encontrado de nuevo en esta calle solitaria y no importa lo que le diga porque se lo va a creer, se va a creer cualquier idiota excusa que yo pueda inventar. Intenta mantener de nuevo una conversación pero yo le digo que tengo prisa, mucha prisa, y ella se pone nerviosa, sonrío pero sé que

quiere algo, algo más, no sé qué es lo que quiere pero yo también me pongo nervioso y me veo en sus ojos, me veo intentando pedir un número de teléfono, un gesto afectuoso, cualquier tipo de detalle cómplice. Pero no lo hay, no lo puede haber y ella se despide, y yo también, y me siento tan mal que cuando cruzo la esquina y veo que Nadja no está, pienso que después de todo me lo merezco.

En la siguiente clase, el miércoles, me quedo el último al terminar para poder hablar a solas con el profesor. Le pregunto si tiene el teléfono o, al menos, el email de Nadja. Me dice que no.

La chica española no ha venido hoy a clase. De hecho tampoco la volveré a ver nunca más. Salgo a la calle y me dirigo a la estación de Queensway con las manos en los bolsillos. Después lo pienso mejor y entro en el centro comercial Whiteleys. No encuentro nada que me guste.

Emilio Lanzas

Ruta 40

Un joven de unos dieciocho o veinte años caminaba bajo la espesa lluvia a un lado de una carretera de montaña estrecha y zigzagueante, haciéndole gestos a todos los coches que pasaban para que parasen. Vestía una camiseta de Kurt Cobain, unos pantalones vaqueros desgastados y unas viejas deportivas; y como único abrigo llevaba abierta sobre la camiseta una sudadera de cremallera con capucha.

Un coche oscuro paró a unos metros de él, y poco después, al tiempo que un rayo cruzaba el cielo, la puerta del copiloto se abrió. El joven dudó por un instante, pero finalmente se decidió y acabó por subirse, cerrando la puerta tras de sí. Luego el coche reanudó la marcha mientras la lluvia continuaba cayendo pesada sobre la carretera.

- No llovía tanto...

- Ya, no se veía venir, ¿verdad?...

El joven se quitó la capucha. Tenía una melena rubia y desaliñada. Miró a su interlocutor, un hombre de unos treinta años de gesto serio, impecablemente peinado y vestido con un elegante traje negro. Parecía muy concentrado en conducir: no desviaba la vista de la carretera, ni siquiera lo miraba por el rabillo del ojo. Componiendo un gesto de fastidio con la boca, el joven le dijo:

- Menos mal que llevas puesto Pearl Jam, si no me habría costado reconocerte...

- Ha pasado mucho tiempo, más de diez años...

- Quince años y un día. Deberías acordarte, mamá recuerda la fecha continuamente. Pero aparte de eso has cambiado: coche nuevo, traje, gomina en el pelo... No sé, preces un ejecutivo...

- Tengo un trabajo nuevo, en una oficina en la ciudad. Llevo sólo una semana y me gusta, lo único malo es que tengo que pasar por aquí todos los días. Y te veo, ¿sabes? - le dijo mirándolo ahora sí a los ojos-, todas las mañanas mientras voy a trabajar, y por las noches también, cuando vuelvo a casa te veo caminando por esta carretera, como si estuvieses esperando a que yo te recoja, exactamente igual que aquel día.

- Sí, y normalmente pasas de largo...

- Enciendo la radio, me distraigo con cualquier cosa y paso de largo. Dios, sí, ¿qué quieres que haga? Tú harías lo mismo. Pero hoy he tenido que parar, por la tormenta, la lluvia...

- Aquel día no llovía tanto.

Tras decir eso el joven se quedó callado, mirando por la ventana. Al cabo de un tiempo el hombre apagó la radio y le preguntó:

- ¿No vas a decir nada?

- ¿Qué quieres que te diga? Esto no funciona así, ¿sabes?, no hay que dar conversación. Tú me llevas contigo y punto. ¿De qué quieres que hablemos?

- Aquel día tampoco hablabas... - el hombre parecía estar pensando en voz alta-. Te subiste al coche, echaste el petate en el asiento de atrás, y luego te callaste y me dejaste llevarte de vuelta a casa. Ni siquiera me dijiste adónde tenías pensado ir...

- ¿Tener pensado? No tenía pensado nada, qué iba a pensar, tenía diecinueve años... Quería irme, no sé, lejos. Tampoco es que quisiera conscientemente escaparme de casa, sólo vivir un tiempo por ahí a mi aire...

- Ya, pero ese día, caminando por esta carretera bajo la lluvia, ¿hasta dónde esperabas llegar? ¿Por qué venías por aquí? ¿Por qué te tuviste que cruzar conmigo?

- No sé, iba andando por que sí, la verdad, me hubiera valido cualquier cosa: si alguien se hubiese parado y me hubiese llevado al primer pueblo, o a la primera gasolinera, me habría bastado para empezar. Pero el único coche que paró fue el de papá, aunque lo llevases tú. Y entonces lo vi claro, ¿te das cuenta? Yo no quería que me vieses y sabía que tú tampoco querías verme, pero pasó porque tenía que pasar, porque era lo único que podía pasar. La única puta opción era volver a casa, y así fue toda la vida, y no tenía sentido decir nada, no sé, no tenía sentido intentarlo...

Y tenías que ser tú... me reventaba que me estuvieras llevando como si el hermano pequeño fuese yo, porque tú eras el responsable, el que se había sacado el permiso de conducir con dieciséis años recién cumplidos; y además papá te dejaba usar el coche mientras que yo iba por ahí haciendo autostop...

- Dios, pero yo no quería llevarte a casa, no tenía ni idea de qué hacer. Y si me hubieras dicho: "Ilévame a la ciudad", o "vente conmigo" o lo que fuera lo habría hecho, me habría ido contigo. Pero simplemente te quedaste callado... Y conduje a casa como

podría haber ido a otro sitio, sin ser consciente, como un autómata...

- Hey, está bien, no te disculpes, de una u otra forma todo hubiese sucedido igual, no estoy aquí por eso...

El joven acercó su mano al hombro de su hermano para palmearle en la espalda, pero éste, al darse cuenta, se apartó mientras gritaba:

- ¿Y por qué estás entonces? Dímelo, Dios, ¿por qué sigues por aquí, dando vueltas? Me cruzo todos los días contigo por el barrio, en cualquier sitio: ayer mismo te vi reflejado en el escaparate de la librería de la señora Fletcher, el que rompiste la tarde que peleaste con papá, ¿recuerdas?, y ahora te has metido en mi coche... ¿por qué me persigues, dime, por qué estás aquí?

- Estoy aquí porque no puedo estar en otro sitio, porque aquí es donde tengo que estar...

- ¿Pero qué haces dentro de mi coche? ¿Por qué estoy hablando contigo? Dios, ¿qué sentido le encuentras a esto?

El joven entonces sonrió como si hubiese estado esperando esa pregunta, y le contestó:

- La verdad es que te va a resultar bastante raro, pero lo cierto es que ahora mismo estaba haciendo autostop porque realmente tenía que ir a un sitio; y tú has parado, así que supongo que deberías llevarme...

- Espera, espera, ¿en serio me estás diciendo que tengo que llevarte a algún sitio?

- ¿Tú te acuerdas de mi canario? Supongo que no, tú eras todavía muy pequeño, y además imagino que nunca te contaríamos la historia, pero el caso es que cuando estaba en cuarto grado mamá convenció a papá para que me dejaran tener una mascota. Y me compraron un canario, con su jaula y todo. Aunque a mí me daba mucha pena tenerlo encerrado, así que se la dejaba abierta cuando mamá no estaba.

>>Pero un día se marchó volando por una ventana, y yo lo seguí corriendo hasta el parque Beresford. Se quedó allí, posado en una rama de un árbol, como esperándome. Y cuando tuve la certeza de que no se iba a escapar trepé hasta él y lo cogí para traerlo de vuelta a casa. Recuerdo que lo llevaba agarrado con las dos manos, y lo apretaba para que no se me escapase, y él trataba de aletear para irse volando, pobrecito. Yo lo apretaba mucho, lo estrujaba

porque además estaba cabreado con él por intentar escapármeme y por seguir insistiendo todavía. Joder, no lo hice adrede, no sé, era un niño pequeño, no me daba cuenta de lo que estaba pasando...

- No me digas que lo mataste...

- Para cuando llegué a casa ya estaba muerto. Mamá me sorprendió nada más entrar por la puerta, con el pájaro estrangulado en la mano, y no supe qué decirle. Me eché a llorar, no sé si por ella o por el pájaro o por qué... Al final lo metí en una caja de zapatos y le pedí a mamá que me llevase al parque, para enterrarlo bajo el árbol. Que tontería, ¿te das cuenta?, fue como un viaje de ida y vuelta...

El hombre vio por el espejo retrovisor que en el asiento de atrás del coche se acababa de sentar un niño pequeño, de unos diez o doce años, vestido con un uniforme escolar. Era exactamente igual a su hermano en la foto del colegio que tenían en casa, sobre la repisa de la chimenea.

El niño hacía puchereros y se limpiaba los mocos con la manga de la chaqueta. Llevaba sobre su regazo una caja de zapatos abierta, y finalmente sacó de ella una mancha amarilla informe, gelatinosa.

- ¿Qué es eso?

- Es el pájaro. Es bastante raro, lo sé, ya suponía que no te acordarías de él. Tú eras muy pequeño entonces...

- Dios, pero qué asco ¿no?

El niño jugueteaba con la gelatina amarilla, pasándosela de una mano a la otra y pringándose los dedos. A veces la estrujaba con ambas manos, y entonces algunos chorros salían disparados manchando la tapicería del coche y también su uniforme.

- Mamá va a pasar por delante del árbol dentro de unos veinte minutos, y el niño tiene que estar allí. Pasa por el parque todos los jueves al volver de la iglesia, y últimamente, desde que le dijiste que aquel día había intentado escaparme de casa, se acuerda siempre de lo del canario... no sé, supongo que es lógico si tienes en cuenta lo que pasó después...

>> Así que me lo llevo al parque todas las semanas, porque es pequeño y no puede andar solo por los sitios, claro, y además se pone a jugar en los columpios y luego no se quiere ir... ¿Sabes?, de pequeño era un trasto, me estoy dando cuenta últimamente... Bueno, y la verdad es que necesito que nos lleves, me he entretenido y si no nos ayudas no llegamos. Sigo siendo un

desastre, ya ves... -el joven sonreía tímidamente a su hermano al decirle esto.

El niño había abierto la ventana trasera del automóvil, y se limpiaba la gelatina amarilla de los dedos con el agua de la lluvia. También sacó la cabeza para que el aire le diese en la cara.

- Creo que sí que me suena lo del canario... Le llamabas Ricardo, ¿no?, como Ricardo Tubbs de "Corrupción en Miami"... A mí daba mucha envidia que tú pudieses tener una mascota y yo no, y después nunca me dieron permiso. Sí, claro que me acuerdo de él...

En ese momento una sombra amarilla apareció volando de frente al coche, y, sin que el hombre pudiera hacer nada por evitarlo, se estampó contra el parabrisas, con un sonoro golpe, dejando en el cristal una enorme mancha roja.

- ¡¿Pero qué ha sido eso?! ¿Tú has visto que nos tirasen una piedra o algo así?

- No, hermanito, si te digo la verdad me parece que te acabas de cargar al pájaro.

- ¡Dios! Pero... pero si el cristal está roto, ¡¿pero cómo es posible...?!

- Sí, la verdad es que ha sido una hostia... -concedió su hermano-. Vas a tener que llevarlo al taller...

Luego encogió los hombros, y se dio la vuelta en su asiento para acariciarle la cabeza al niño, que se había puesto a llorar de nuevo, mirando al periquito muerto dentro de su caja. Le pellizó los mofletes y le hizo carantoñas. Fuera del coche la lluvia continuaba cayendo fuerte, real y sin motivo, y en poco tiempo lavó la sangre del parabrisas. El hombre se fijó en que el impacto había dejado en el cristal una marca de rotura circular como una telaraña, y suspirando dijo, como para sí mismo:

- Sí, al taller...

Nietzsche

II

Luís había leído a Nietzsche e inspirado por ello hacía lo que quería, se guiaba por su voluntad sin trabarla. Mató, violó, incluso robó crema depilatoria que nunca utilizó. Pero un día le regaló rosas a su mujer y, al rato, se dio cuenta de que lo había hecho por el sentimiento de culpa. Entonces, empezó a leer a Schopenhauer.

I

Roberto era un hombre convencido. Roberto había estudiado a Nietzsche mientras su madre le insultaba. Roberto había leído críticas al concepto del superhombre mientras su padre le comentaba con tono trágico y muy afectado "vas a hacernos enfermar, sólo quieres llevarnos al cementerio". Roberto había escuchado a su madre en silencio pidiendo no haberlo tenido mientras él repasaba críticas a los estoicos. Roberto tampoco había dicho nada cuando además un cáncer apoyaba a su padres. Tras mucho estudiar y leer "El Anticristo", Roberto decidió pasar a la acción. Salió a la calle y se compró una pistola para limpiar el mundo de personas mentalmente incapaces de alcanzar la voluntad pura.

Roberto empezó suicidándose.

Roberto Laíz

Crossover 1:1-9

Crossover 1:1

-Hazlo o no lo hagas -dijo Yoda-. Pero no lo intentes.

Moisés asintió y alzó los brazos.

Un instante después, para desesperación del ejército egipcio, las aguas del Mar Rojo se abrieron.

Crossover 1:2

Jesús se sentó a la mesa y, con gesto apesadumbrado, miró a sus discípulos.

-Uno de vosotros me traicionará -dijo.

Pedro negó tres veces con la cabeza, Pablo bajó la mirada.

Sentado en una esquina de la mesa, el rostro oculto bajo su capa, Anakin acarició la empuñadura de su sable de luz.

Crossover 1:3

-Yo sólo soy un tipo con un sable de luz -dijo Kyle Katarn.

Adán y Eva, aterrados, dejaron caer las manzanas y corrieron a ocultarse tras el árbol.

Crossover 1:4

-Que la Fuerza te acompañe -dijo Obi-Wan, entregándole la peluca.

Sansón, los ojos ciegos anegados de lágrimas, la tomó entre sus manos y encaminó sus pasos hacia el templo.

Crossover 1:5

En la cruz, Jesús alzó la mirada a los cielos.

-Padre, ¿por qué me has abandonado?

De los cielos surgió una voz atronadora, metálica.

-Yo no soy tu padre.

Crossover 1:6

-Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi mano en su costado -dijo Tomás-, no creeré.

-Su carencia de fe resulta molesta -respondió Darth Vader, impasible.

Crossover 1:7

-Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá. ¿Creéis esto? -dijo Jesús, alzando sus brazos al cielo.

-Claro, claro, ¿cómo no? -respondieron al unísono Obi-Wan y Qui-Gon, sus cuerpos translúcidos fluctuando en el aire.

Crossover 1:8

-Disculpas aceptadas -dijo Darth Vader y abrió la mano que quebraba el cuello de Judas, permitiendo que su cuerpo sin vida cayera al suelo, junto al pequeño saco lleno de monedas.

Crossover 1:9

Y supo Noé que el diluvio era cierto, y como amaba a todas las especies, fue una por una tomando de cada especie una pareja, macho y hembra, para salvarlas.

Y llevó Noé de cada especie dos, macho y su hembra, al arca, pues en su bondad quería salvarlas a todas. Para Noé, todas las especies tenían un valor único, todas debían ser salvadas.

Y así, cuando llegó el diluvio de cuarenta días y cuarenta noches, Noé salvó a todas las especies.

A todas, menos a los ewoks.

Santiago Eximeno

Pez muerto

Hay un pez muerto flotando panza arriba. No sé por qué me quedé mirándolo, a la salida del restaurante chino. Hay un pequeño estanque con peces de colores y tengo la costumbre de mirarlos cada vez que vamos, y esta vez me quedé hipnotizado siguiendo los ágiles buceos de los peces de colores hasta que descubrí al plateado, inmóvil, dado de baja. El niño se dio cuenta enseguida y siguió mi mirada.

Dijo:

- Los otros peces se están comiendo al pez muerto.

Dije:

- No, hijo, los peces no son caníbales.

El niño se paró a pensar entonces un momento.

- Papá... ¿qué es un canibal?

Entonces abrió la boca la madre, que creía que estaba ya camino del parking pero que había vuelto para averiguar por qué demonios nos habíamos detenido.

- No. No digas nada, David. Tiene sólo seis años, joder.

El caso es que realmente parecía que los peces de colores se estuviesen comiendo al pez plateado que flotaba panza arriba. Lo empujaban con sus boquitas de un lado a otro del estanque. Era fascinante. La verdad es que no podíamos dejar de mirar.

Es entonces cuando un chino muy bajito pasa por nuestro lado con una escalera. Deja la escalera en el suelo y abre la puerta de entrada al restaurante. Le pregunto:

- Oiga... ¿usted trabaja aquí?

Me mira con cara de no comprender y me dice algo, muy rápido, creo que en chino.

- Muerto. Hay un pez muerto en el estanque. Ahí – le digo, señalando con el dedo al pez.

El chino no lo ve. Le digo que se coloque donde yo estoy, que desde aquí sí lo verá. Se mueve. Ladea la cabeza. Entonces lo ve. Dice algo, muy rápido de nuevo, quizás en chino o dios sabe qué idioma.

El niño dice:

-Los peces de colores se están comiendo al pez muerto.

El chino mueve afirmativamente la cabeza y dice:

-Sí.

Emilo Lanzas

#39B. Una mosca

Hay una mosca
en la habitación.
Llevo un día
oyéndola
zumbar
y
creo
que quiere
salir tanto
como yo quiero que salga
y
si
ella fuera consciente
vería que sólo le queda
un día
y
que no está sujeta a cadenas
de hierro
ni está entre rejas
ni tiene unos padres
que le coarten con la culpa
y además
toda la comida del lugar
TODA
está bajo mosquiteras
y
creo
que
me escucha
porque sale volando hacia la ventana
se golpea
contra el cristal
y
cae
al suelo.

Roberto Laíz

Terminado de imprimir en el AulaNET de la
Facultad de Filología de A Coruña,
el 29 de septiembre de 2008.